



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses....\$ 5-25 Núm. suelto....., 25

Habana 14 de Mayo de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto....., 30

Núm. 28

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Estilo bíblico, por Juan de Austria.—Fricasé Europeo, por Juan Lanas.—Boceto á la pluma de Luis Augusto Blanqui, por Juan Cualquiera.—Tal para cual (poesía), por Manuel del Palacio.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—Los cesantes, por Juan Diente.—Cuentos de manigua: Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Boletín bibliográfico.

Caricaturas, por D. Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

Me atacan manías muy extrañas. Hoy, día de la fecha, me encuentro acometido por el deseo de ser historiador: pero historiador del siglo veintiuno ó veintidos. ¿Me entiende usted?

Por ejemplo, si mi modestia me lo permitiese, yo cogería un pliego de papel sellado, después de estudiar mucho y aprender de memoria la ley vigente para su uso, y escribiría la siguiente solicitud, dirigida al Rey del cielo y de la tierra (excepcion hecha de la manigua, donde no caben reyes y sí sólo presidentes, pero de los más estrechos que se fabrican).

“Señor, diría yo: siendo delidadísimo el estado de mi salud y no conviniendo á mis intereses continuar en este mundo, ruego á V. M. se sirva admitir la dimision que hago de la vida, reservándome el derecho de volver á ella cuando hayan desaparecido las causas que me obligan hoy á suprimirme. Este derecho, Señor, lo conceden todos los reglamentos de las carreras especiales, á los que voluntariamente se separan de su servicio.”

Y aquí para *inter nos*, me parece que no puede ser más especial la carrera de hombre en los tiempos que alcanzamos.

Admitida mi renuncia, como no podía menos de suceder, con la acostumbrada fórmula de *quedando satisfecho de la lealtad*... etcétera, le diría al mundo:—“Vuelvo,” y daría las boqueadas, sin aparato ni ostentacion de ninguna especie, porque mi modestia no me permite otra cosa.

¡Qué gusto! dos siglos sin oír hablar de insurrectos, ni de la *Comuna*, ni de los apuros del Tesoro, ni de los partidos políticos, ni de elecciones como las de Labra, ni del periódico de Azcárate!

¡Qué dicha!

Eso sí; una sola cosa dejaría encargada al marcharme de este mundo por la puerta falsa: que de vez en cuando se acercase cualquier amigo mio á mi sepulcro *provisional*, y con la boca pegada á la lápida, refiriese alguna de las muchas extravagancias que continuará haciendo doña Emilia Casanova, para reirme al oír las; porque, lo confieso, no tan sólo no puedo ya vivir sin tener noticias de las cosas de esa dama, sino que me convenzo de que tampoco podré estar muerto.

Pues señor, muerto de esta manera interina, esperaré á que pasasen dos siglos, y de un salto me plantaría de nuevo en este mundo; después de solicitar respetuosamente volver al servicio en una instancia documentada con certificaciones justificativas de mi buena conducta, durante el tiempo que hubiese permanecido enterrado.

Y aquí tienen ustedes á Periquito hecho fraile. Inmediatamente sentaba plaza de historiador. ¡Qué buenas cosas escribiría respecto á los sucesos que estamos presenciando!

Sólo de pensarlo me quedo atónito y me aplaudo á mí mismo. Ni más ni menos como hace D. José de Armas en su periódico *La Patria*.

Quiero hacer un ensayo: quiero presentar una muestra de lo que yo escribiría dentro de dos siglos. Esto merece párrafo aparte. Dos compases de espera y atencion!

“Hubo una nacion, diría, poderosa como ninguna, llamada Cubita Libre.

Era tan inmensa, que no tenia límites conocidos—¡qué habia de tener!—en fin, era una barbaridad de grande.

La fundó y la crió á sus pechos, materialmente, un tal Céspedes, ó cosa así; varon preclaro, segun unos, y *pre-turbio*, segun otros; muy conocido en la Demajagua, principalmente á los horas de comer, cuando tenia que llevar á la boca.

Era la Demajagua un extenso territorio, que segun las crónicas, pertenecía de derecho á los *ingleses*: apreciabilísimos sujetos que vivian en continúa guerra con el mencionado señor de Céspedes.

No ha quedado memoria de dónde tuvo establecida su capital esta poderosísima nacion; opinando muchos distinguidos cronistas que la excesiva modestia del señor de Céspedes, ama de cria de la república, no le permitió jamás decir dónde tenia la residencia.

Raro ejemplo de moderacion, de elegancia y de buen gusto, único en su especie.

Tenia Cubita Libre de todo cuanto Dios crió. Peces, ranas,—eso sí, mucha rana y mucho pez!—periódicos, juntas y contrajuntas, tontos de capirote; por supuesto, una cámara para todos los usos que usted quisiera, gobierno, representantes; en fin, de todo; no le faltaba más que gente.

Y eso porque Céspedes no queria que la hubiese por modestia, pues era un hombre de costumbres tan austeras, que jamás pagó sus deudas, y tan entendido en política, que se casó tres ó cuatro veces, y me quedo corto.

Este pueblo de Cubita Libre sostuvo una guerra atroz con España, nacion de que apenas quedan vestigios; pues se la comieron cruda unos que se llamaban mambises, que eran hijos de una estrella solitaria (sin que esto sea poner en mal concepto á

la tal estrella, ni ménos ajar su reputacion ó lo que sea).

Entre las muchas batallas que se dieron en aquella lucha, se cuenta en primer término una descomunal en que fué derrotado el ejército *cubitano*, (¿se llamarán *cubitano* ó *cubitinos* los de Cubita Libre?).

El ejército español que entró en el combate se componia de dos votuntarios y un teniente. La derrota de sus enemigos fué completa.”

Esto es lo que yo escribiría; y como á mí no me gusta ahora, ni me gustaría entonces ser creído por mi bella cara, vamos al decir, al final de la obra pondría varias citas, entre las cuales figuraría un telegrama de las Cinco Villas que esta semana hemos visto reproducido en los periódicos, diciendo que un teniente de voluntarios y dos individuos de su compañía, dispersaron una partida de insurrectos é hicieron correr á estos.

Dígame usted, amigo lector, tiene usted en las venas sangre de horchata de chufas? nó, es verdad? pues entonces se habrá usted quedado atónito con esa noticia, como me he quedado yo, y se ha quedado aquel, y el otro, y el de más allá, y mi vecino, y todo el mundo.

¡Qué gente, señor, qué gente!

Y como de la historia han de sacarse ejemplos y enseñanza, voy ahora mismo á hacer deducciones de la que se escribirá dentro de doscientos años, si no por mí, por otro; pues es muy fácil que en aquella fecha no escriba yo nada, por mi cortedad de génio. Me parece!

Señor, cuando tres hombres solos baten una partida y la hacen correr, es posible que aún se llame á esta *cosa* insurreccion, y esa insurreccion tenga un órgano (que se le vea al ménos) llamado *La Revolucion*, y que haya personas que finjan aun que lo toman con formalidad?

A esta pregunta contestarán ustedes lo que mejor les parezca. Yo me callo.

Los periódicos de Nueva Ycrk cuentan una historia interesante y conmovedora.

Doña Emilia Villaverde, la *señora más activa para ayudar á los patriotas cubanos*, como dice el *Frank Leslie*, ha visitado á una persona que hace poco llegó á la Habana en el vapor “Missouri,” volviéndose á marchar por donde habia venido.

Doña Emilia le pidió dinero para los pobres emigrados, y dicen que el viajero incógnito del “Missouri” le dió cincuenta duros para aliviar las desgracias y consolar afligidos.

No sé si esto tiene chiste, pero es preciso que te rías, lector pacientísimo, porque si no tiene chiste, es cosa que hace cosquillas.

Los periódicos franceses suministran un dato muy curioso:

En lo que vá de siglo, dicen, sólo tres arzobispos de París no han perecido de muerte violenta.

En 1793, el arzobispo Juigné fué guillotinado.

En 1815, el cardenal Maury tuvo que refugiarse en Roma con la familia Bonaparte.

En 1830, monseñor de Quelen fué perseguido por la demagogia, su palacio saqueado y después derribado.

Su sucesor Affre murió sobre una barricada en 1848.

Mr. Sibaur, fué asesinado en 1857.

El cardenal Morlot vivió y murió en paz.

No hablan de ninguno que haya muerto yendo de aquí para allá, sin que en ninguna parte lo quisieran.

JUAN PALOMO.

ESTILO BIBLICO.

Y después de llover cuarenta días con sus noches, se puso la tierra muy húmeda, como es natural, y hasta las ranas se ahogaron.

El protegido del Señor iba dando tumbos en la barca, rodeado de séres de todas especies, inclusa la de promovedores de bazares *patrióticos*.

Y las aguas empezaron á bajar, y hasta se secó la tierra.

Y no se encontraba una gota de agua para un remedio: ni aún en el vino de las tabernas.

El mundo volvió á su estado normal, aunque me esté mal el decirlo, y se pobló de nuevo la tierra, y se realizaron toda clase de prodigios; pero nunca pudo verse abierto el bazar de Prats.

“Estaré siempre con vosotros, si vosotros estais conmigo.”

Dijo el maestro, y del hijo del hombre nació Al-bisu.

No tan alto ni tan gordo como es hoy, pero ya convertido en un inteligente y activo empresario de teatros.

Un día se metió en su teatro una lágrima del profeta con un bazar debajo de la capa.

Pero entretanto, no te compongas... ni pienses en bazares, porque el pensamiento es como las abejas que se descarrian á cada rato; vamos al decir, hablando mal y pronto.

Y de allá, de un rincón de la tierra, donde las berenjenas nacen hasta en la nariz de las mujeres, y los hombres viven en un *berenjena*, vino una voz que decía: *¡Cuba sooolaaaa!*

El que está sólo en el mundo, que no se meta en belenes.

Y si se mete, que le pongan un bozal, porque me-recido lo tiene.

Y si aún así no encuentra consuelo, como los redactores de *La Revolucion*, que le pongan dos bo-zales.

Hijos del hombre son, aunque no lo parezcan, los que lanzan ese ahullido de *¡Cuba sola!*

Y no falta quien los escuche, porque van calza-dos con zapatos de *orejeras*.

Y el profeta, disfrazado de Merchan (director del periódico mambí) tomó el arpa y cantó:

“El gobierno en quien más confiaba, le ha vuelto la espalda á Cuba.”

“Ella se ha quedado sola, pero así ha demostra-do tener la varonil firmeza del soldado.”

“Le ha vuelto las espaldas.”

“Oh!”

“Pero Cuba le hará volver el rostro.”

“Hoy vemos dispersarse á los representantes del pueblo más libre de la tierra.”

“Y se dispersan después de haber estado reuni-dos cuatro meses y medio.”

“Y en esos cuatro meses y medio han hablado de todo menos de Cuba.”

“De Cuba! que es como hablar de la mar.”

La voz se apaga como se apagan los fósforos de Cascante, y la voz del profeta se apagó.

Y sus ojos se cerraron.

En el espacio resonó entonces un acento dulce, tan dulce como el de un confitero.

“Te volví las espaldas, decía, y debí apaleár-telas.”

“Te has quedado sola por *perra*, vamos al decir, y por *sinvelgüensa*.”

“Harás que te vuelva el rostro; sí, para escu-pirte.”

“En cuatro meses y medio no han hablado de

tí, y has ganado en ello, porque así no han conta-do tus miserias.”

Yo soy el gobierno de una nacion fuerte y pode-rosa, tú eres la cucaracha que anida en los rincones súcios de mi casa.”

Y el acento fué perdiéndose en el espacio, lo mismo que se ha ido perdiendo la fortuna de Al-dama.

Motivos sobran para ello; mas no volverá á caer una capa de sal sobre los campos, porque la sal es-tá ahora más cara que en aquellos tiempos.

Ni lloverá otra vez por espacio de cuarenta días con sus noches.

Ni resucitará la insurreccion, que está hecha un San Lázaro.

Ni se abrirá el bazar de Prats.

Ni *La Revolucion* dará pruebas de tener sentido comun.

Ni el Congreso de los Estados Unidos hablará de Cubita cuando se abra de nuevo.

Ni nadie hará caso del artículo de Merchan.

Ni vendrá otro Mesías.

Ni podrá verse más prisa que la que se dá el ba-zar para abrirse.

Ni se juntará el cielo con la tierra.

Y las madres que tengan hijas, habrán de sacar-las á paseo, á ver si *topan* con algun novio.

Porque ovejas descarriadas somos todos, que la compañía del pastor necesitamos.

Y si el pastor y los novios se hallan hoy en el teatro de Al-bisu, le digo á usted que no los encon-traremos nunca, á no ser que salten por las venta-nas.

Porque aquellas puertas están cerradas como los lábios del Congreso federal para hablar de Cubita.

Y puede ser que se abran; pero tambien que no se abran.

Y esa será la señal de que se han quedado cer-radas.

JUAN DE AUSTRIA.

FRICASÉ EUROPEO.

¿Cuándo se arma?

Porque desengañense ustedes, de esta manera no podemos vivir. Nos hemos acostumbrado á las fuertes emociones de la guerra, y necesitamos oler la pólvora y ver matar gente. ¡Pobrecitas ametralladoras de mi alma, que se están ahí mano sobre mano, ó mejor dicho, cureña sobre cureña, sin tener nada que hacer!

Verdad es que en Francia corre la sangre y hay una marimorena de esas de cuello vuelto; pero es cosa que no satisface, porque pertenece al dominio casero, y francamente, en familia, pueden las gen-tes romperse el bautismo muy santamente, sin propo-ncionar la más ligera impresion al público res-pectable.

Lo que dá gusto es una guerra de esas en las que sale el rey de su casa con el casco nuevo, el manto sobre los hombros y las botas de montar recién embetunadas, como en las comedias, y le pone telégramas á su mujer en estos ó parecidos términos:

“Hoy hemos matado ciento cincuenta mil hom-bres. La Providencia se está portando conmigo de un modo que... hasta allí! Dí á nuestro aliado el emperador de tal parte, que le daré cartas de re-comendacion para ella, cuando se vea obligado á salir á campaña.”

Esto es lo legítimo, lo bueno, sin falsificacion ni engaño de ninguna especie! Y á mí que no me vengan á hablar de Blanqui, ni de Thiers, ni de la Comuna, porque esos son batalladores del género *cursi*.

Para eso, para encontrar el géhero en toda su fuerza, voy á dirigir hoy el catalejo á regiones más altas: quiero enterarme de si en Europa está ya el horno para roscas y la Magdalena para tafetanes!

Después de la paz franco-prusiana, la gente se encuentra allí tan tranquila como si le estuviesen pinchando con alfileres.

Porque eso sí; lo que hemos dado en llamar equilibrio europeo, ha sacado unas ventajas de la lucha, que me rio yo.

El asunto ha quedado reducido á que el ce-tro de la política internacional de Europa cambie de manos otra vez.

Lo tuvo primero la Francia con Napoleon I; después de caído aquel hombre extraordinario, á cuyos ejércitos tuvimos el honor los españoles de pegarles varias palizas, pasó á la Rusia. Disputólo

á esta, durante la monarquía constitucional de Luis Felipe, la estrecha amistad de la Francia y la In-glaterra. Lo reconquistó para el imperio francés, durante algunos años, Napoleon III, que al fin en Sedan, con su personita y sus soldados, y su... vergüenza, iba á decir, Dios me perdoue, lo entre-gó al rey de Prusia.

El tiene ahora la sarten por el mango, pero... y sin pero, se me figura que un amigo, tío, primo, pariente, y no sé si hasta ama de cria (porque los monarcas entre sí tienen una porcion de parentes-cos) le está armando la zancadilla para quitárselo de la mano.

Y mucho me equivoco ó se lo quita.

El emperador Alejandro, buena persona, casco con un águila, gran bigote, mayor de edad, y va-cunado, tenía el resuello metido en el cuerpo desde la guerra de Crimea.

Allí le tocó á él recibir los palos, y al firmarse la paz, tuvo que ver cómo hacían mangas y capirotos con lo suyo.

El hombre tenía barcos, y no se los dejaban en-trar en el Mar Negro.

¡Me parece que esto es gordo, señores!

Poner á todo un emperador al igual mio; porque yo tampoco puedo entrar mis barcos en el Mar Negro, como ustedes supondrán, sabiendo que no tengo barcos.

Pero Alejandro ha visto al fin humillado al que le humilló en otro tiempo, y diciendo “esta es la mia,” ha gritado:

—¡Señores, quiero esto!

Me chocó la manera de pedirlo, porque no era, por cierto, la monita del que desea obtener un fa-vor, sino el tono imperativo del que manda.

Y le dieron lo que pedia, claro está! Una confe-rencia reunida en Lóndres acaba de decirle al Mar Negro:

—Aguántate por la buena y sufre el peso de los barcos y los cañones rusos.

Y como no hay más que dar un dedo para que el favorecido quiera tomarse hasta el codo, por eso me parece que lo bueno ha de venir ahora del Oriente, y que no está lejano el día en que disfru-temos las fuertes emociones de la guerra.

¡Ay, qué gusto!

Censuramos á las gentes de los primeros siglos, porque estaban siempre rompiéndose la crisma; pe-ro les censuramos porque no sabian hacerlo con to-das las reglas del arte y con el decoro y gravedad que ahora se estilan.

Cuando lo de Crimea, Napoleon III,—y cuida-do, señores, que no soy amigo suyo,—no sacó ven-taja ninguna para sí.

Nada se habló de indemnizacion.

Se desmembró una parte del territorio ruso; ¿pa-ra qué, diran ustedes? para formar un estado inde-pendiente, en el cual reina hoy un príncipe prusia-no. ¡Chúpate esa!

Quedó abierto á la navegacion el Danubio.

Se cerró el Mar Negro para evitarle una desazon á Turquía.

Se garantizó la seguridad de Dinamarca con la promesa de no fortificar las islas de Alaud, en el Báltico, y *tutti contenti*.

Ahora Prusia todo lo ha querido para sí.

Dinero á porrillo, seguridades á tente bonete, y dos provincias que de ninguna manera quieren ser alemanas y que hacen falta en el territorio francés para formar completa la nacionalidad.

Por eso digo, que tengo esperanzas de ver pron-to, muy pronto, repetidas las gloriosas hazañas de nuestros contemporáneos.

Y me deleitaré viendo escenas belicosas en los grabados de los periódicos ilustrados. Porque, fran-camente, esos dibujos que representan una vegeta-cion exhuberante y una comarca rica por la agri-cultura, que es hija, ó cuando menos, sobrina car-nal de la paz, es cosa que hastia por lo monótona.

Yo creo que pronto se ha de armar, á no ser que ocurra un suceso extraordinario; como que se aca-be de abrir el bazar de Prats, por ejemplo.

JUAN LANAS.

BOCETOS A LA PLUMA.

LUIS AUGUSTO BLANQUI.

El génio del mal se cierne sobre la desventurada Francia. El génio del mal está representado por Blanqui, inspirador y director de los insurrectos de París.

Muchos de los que no están versados en la historia con-

temporánea del pueblo francés y no tengan conocimiento del personal más conspicuo de su partido anarquista, pensarán que el personaje de que vamos á ocuparnos es acaso un jóven de corazon lijero y de cabeza acalorada, reflexivo, imprudente, impetuoso, arrastrado por las ambiciones de una primera juventud.

En capital equivocacion incurriría quien tal pensase.

Luis Augusto Blanqui es un revolucionario inveterado, un anarquista convencido, un viejo furioso é incorregible. En su corazon se anida todo el espíritu subversivo de Mazzini, toda la maldad diabólica del génio de Maquiavelo.

Hace muchos años que Blanqui declaró la guerra á los reyes y á los Estados políticos modernos; hace tiempo que se levantó en armas contra la constitucion fundamental de la sociedad cristiana, y prosigue su obra con furor satánico y con pertinacia imperturbable é inexorable. Blanqui es la verdadera encarnacion del espíritu de discordia, de sedicion y de guerra. No puede vivir en otra atmósfera que no sea la de los motines y de las revoluciones.

Su temperamento irascible y convulsivo, y su espíritu inquieto y sedicioso, le mantienen en continuo estado de rebelion. En todas las épocas, en todas las crisis, para todos los gobiernos, para todos los partidos ha sido Blanqui un obstáculo, una rémora y un peligro. Jamás ha podido vivir dos dias seguidos quieto y tranquilo bajo la autoridad de ningun poder, de ningun partido, aun cuando este estuviera compuesto de sus amigos de la víspera y hubiera él contribuido con ardorosa actividad á su elevacion.

Ha conspirado contra todos los sistemas, contra todas las situaciones, contra todos los gobiernos que ha habido en Francia; ha levantado barricadas en todas las épocas, asociándose á las empresas de cuantos perturbadores han llevado sus quejas y su descontento á las calles. Ha vivido encerrado casi toda su vida; ha estado condenado á muerte tres veces.

Los fisiólogos y psicólogos no están léjos de creer que los largos periodos de cautiverio que ha sufrido este excepcional revolucionario han ejercido una influencia funesta y destructora en su carácter y en sus ideas.

Luis Augusto Blanqui, nació en París, en el año de 1805; es hermano de Gerónimo Adolfo, el célebre economista, que murió en 1854.

Luis Augusto estudió el derecho y la medicina con bastante aprovechamiento; no carecía de inteligencia, aunque sí de aplicacion; su espíritu desasosegado é inquieto, su movilidad febril y turbulenta no le permitian dedicarse asidua y reposadamente al estudio.

En su juventud daba lecciones particulares á domicilio, pero no tardó en cansarle su ocupacion. Su pasion vehemente por la política le arrastró muy temprano á mezclarse en todas las sociedades, en todas las conjuraciones que tenian por objeto trasformar el gobierno ó la sociedad. Ya en 1817 fué herido en un motin que hubo en la calle de Saint-Denis; en 1830 estuvo en las barricadas y fué condecorado con la cruz de Julio.

Desde aquella época no ha habido conspiracion, no ha habido revuelta en que no haya estado mezclado. Individuo de la *Sociedad de los amigos del pueblo*, se vió envuelto en la ruidosa "Causa de los diez y nueve," y se defendió, acusando con una violencia inaudita de lenguaje, al gobierno, increpándole de ser indiferente y cruel con la suerte del proletariado.

Fué condenado á un año de prision y á 200 francos de multa. En el proceso llamado de *Abril* figuró entre los defensores de los acusados. El año siguiente fué enjuiciado por el tribunal de policía correccional bajo el cargo de asociacion ilícita y fabricacion de municiones de guerra (causa de la calle Larcine). Estaba sufriendo la pena que por este delito se le impusiera, cuando la amnistía dada en 1837 le devolvió la libertad.

Blanqui, después de haber formado parte de la *Sociedad de las familias*, trabajó con varios de sus conocidos, y principalmente con Martin Bernard y con Raisant, en trasformarla en una sociedad más activa y agresora, la de las Estaciones, la cual, de concierto con la de los Montañeses, intentó, bajo sus órdenes y la del famoso Barbés, el último levantamiento en armas contra el gobierno de Luis Felipe. El gobierno reprimió fácilmente esta insurreccion, y Blanqui, después de haberse ocultado durante seis meses á las pesquisas de la policía, fué al fin aprehendido, juzgado y condenado á muerte por la Cámara de los pares. El rey conmutó su pena por la de reclusion perpétua, como habia conmutado algunos meses ántes la de Barbés, á consecuencia de una epístola bellísima y enternecedora de Víctor Hugo, dedicada al tierno infante conde de París.

Encerrado en el fuerte San Miguel con los demás reos políticos, Blanqui estuvo sujeto á los duros tratamientos, reales ó inventados, que sirvieron de tema por muchos años á las acusaciones que se dirigieron al gobierno de Luis Felipe. Estenuado por consecuencia de ellos, perdida la salud y casi moribundo, fué trasladado Blanqui á Tours, en cuyo hospicio halló todas las consideraciones, comodidades y cuidados compatibles con la privacion de la libertad.

Apénas triunfante la revolucion en París, el 24 de Febrero de 1848, Blanqui corrió á la capital para desde el primer dia sospechar y amenazar al gobierno provisional. Con la cooperacion de algunos de los suyos, tan exaltados como él, fundó la sociedad republicana central, que celebraba sus sesiones en el Conservatorio de artes, y que fué la promotora de todas las agitaciones de aquel primer período. No hay más que leer á los historiadores ménos sospechosos de esta revolucion, á German Sarrut, Garnier Pagés y Luis Blanc, para saber cuántos obstáculos suscitó Blanqui á la marcha del gobierno republicano y cuántas provocaciones hizo al desórden y á la guerra civil.

Apénas habia fracasado la triste jornada de 7 de Marzo, Blanqui fué acusado de ser, ó á lo ménos de habersido, soplón y traidor á la causa republicana, y de haber salvado su cabeza revelando al poder los misterios de las sociedades secretas.

En la "Revista retrospectiva" de Taschereau apareció un documento hallado entre los papeles del ex-rey y que contenia las más detalladas revelaciones sobre los antiguos cómplices de Blanqui. Obligado á justificarse por todo su partido, y singularmente por su cómplice Barbés, que manifestaba hacia él mucha desconfianza y extremo alejamiento, salió de esta mala posicion redoblando sus furiosos ataques contra el gobierno, y provocando la segunda manifestacion popular, ó sea la del 16 de Abril.

No llevaba de existencia la Asamblea nacional ocho dias cuando Blanqui, por medio de la accion de los clubs y de sediciosos y difamatorios pasquines, se puso á organizar la tercera manifestacion, ó sea la conocida con el nombre de atentado de 15 de Mayo.

El y Huber se presentaron á la cabeza de inmensas masas sublevadas en la Asamblea nacional; forzaron las puertas y penetraron en el recinto legislativo. Blanqui fué portador de la peticion en favor de la reconstitucion de la nacionalidad polaca; Humber fué más léjos: intimó la disolucion de la Asamblea.

En esta tentativa se vieron lastimosamente mezclados los dos individuos socialistas del gobierno provisional. Luis Blanc y Albert, y todos los que conocen un poco la historia contemporánea de Francia, saben cuáles fueron y qué graves las consecuencias para ellos, y singularmente para Albert, condenado por aquellos sucesos y encerrado por veinte años en una fortaleza.

Blanqui tambien fué condenado á diez años de prision por la alta corte de Bourges, ante la cual dió el más aflictivo escándalo, poniéndose en abierta pugna con Barbés.

Blanqui sufrió su pena en Belle Isle, y rehusó, en una carta insolente y despreciativa, el perdon que le ofreció el emperador Napoleon en 1854, juntamente con Barbés.

Apénas restablecido el sistema constitucional con el advenimiento del ministerio Ollivier, Blanqui volvió á ser la *beet noire* del gobierno, organizando de nuevo los clubs, provocando manifestaciones tumultuosas y predicando las ideas más subversivas y disolventes.

En cuanto á su físico, es de pequeña estatura, delgado, endeble, bilioso: sus ojos son negros é inyectados de sangre; su nariz afilada; sus lábios delgados y secos. Viste siempre del modo más sencillo, su único lujo consiste en los guantes negros de algodón; usábalos en 1830, y aún los lleva. En cuanto á lo moral, se le puede pintar con pocas palabras: es un fanático.

Frio, seco, anguloso así en lo físico como en lo moral, no conoce contemporizacion ni atenuaciones: sólo sufre al tener que esperar: nada le detiene, sino la fuerza; no tiene corazon ni alma, no tiene nada más que la idea fija que le domina, y á todo trance quiere llevarla á cabo contra toda ley y todo derecho.

Blanqui, que es para todos los hombres de órden un objeto de repulsion y de temor, inspira á sus partidarios un afecto parecido al fanatismo. Durante muchos meses, en 1849, sus amigos, perfectamente armados, hicieron guardia en su antecámara para librarle de todo peligro.

Los últimos pasos de su carrera política son harto conocidos para que nos detengamos á detallarlos. Es bastante con decir que Blanqui es el alma de la actual revolucion socialista de París, como lo fué de las tentativas anarquistas en 1848, y que él ha sido el director y jefe de una especie de misterioso y terrible *Consejo de los cinco* que ha presidido la accion de la federacion de la Guardia Nacional.

¡Dios libre á la Francia de este mónstruo!

JUAN CUALQUIERA.

TAL PARA CUAL.

(SATIRA.)

Ya entró en las Córtes la falange nea que el discreto don Cárlos simboliza y el bravo Nocedal capitanea.

Pronto allí dentro entablarán la liza, que hablar y combatir es muy seguro cuando no hay el temor de una paliza.

El ancho valle, el encinar oscuro son para los carlistas atrasados; los de hoy quieren más luz y aire más puro.

Mejor es mandar curas que soldados, y hasta produce más echar sermones que correr por los montes y los prados.

Por eso á sus estúpidas legiones Cándido ofrece el triunfo, con la ayuda de algunos *federifragos* melones.

Y de que han de triunfar no cabe duda, que triunfo es, y no poco, alzar el gallo gente que estaba ciega, sorda y muda.

Milagro es este como pocos hallo; prueba tambien que el hombre de más seso puede servir á veces de caballo.

Y las *plazas montadas* del Congreso vienen á ser las dos ó tres docenas que están allí como raton en queso.

¡Qué tardes nos esperan tan amenas! ¡Qué discursos, qué caras, qué levitas! qué erudicion, qué ingenio y qué melenas!

De su querido rey dirán las cuitas, de ese rey que, aunque tonto se le llama, ya sabe él á quien echa Margaritas.

Allí se hará sainete y melodrama, ora alcanzando el popular tomate, ora el laurel sagrado de la fama.

¿Y qué gobierno sufrirá su embate? ¿quién resiste á un obispo, sobre todo si no ha tomado más que chocolate?

Pues, ¿y Varona, si endereza el codo, qué cosas no dirá tan tremebundas citando el *Pentateuco* y el *Exodo*?

Gracias á Dios que tales barahundas no llegan hasta mí, pues si llegaran, tiempo me iba á faltar para dar tundas.

Y ello hacen bien; las leyes les amparan, y de las libertades al abrigo el sable afilan y el fusil disparan.

Mucho me gusta honrar al enemigo, pero cuando este muere todavía la bienhechora mano, le castigo.

Quizá será cruel la opinion mia, pero ya del poder me vi debajo y sé hasta dónde alcanza la hidalguía.

Amo la paz, el órden y el trabajo; al que combate en buena lid, lo ayudo; al que acomete por detrás, lo rajo.

Ni espero nada, ni de nadie dudo, pero al ver cierta gente en candelero, de ira me inflamo y de vergüenza sudo.

Mire usté Nocedal, el caballero, liberal, anarquista, demagogo, moderado, y al fin, ojalatero.

Legislador ingerto en pedagogo, con la misma lealtad que una culebra y la misma intencion que un perro dogo

Ese, que si hoy la Inquisicion celebra, mañana del Señor la casa santa será capaz de declarar en quiebra.

¿Lo veis? por la moral su voz levanta, cuando es su vida tenebroso abismo que al más sereno corazon espanta.

¿Y ese el apóstol es del patriotismo, de la fé, y el honor, y la ventura?... ¡Nunca llegó tan léjos el cinismo!

Fuente de todo bien; conciencia pura, que ver nos haces trás la humana vida otra exenta de afán y de amargura:

Del pecador los crímenes olvida; y al hablar del político, tan sólo la risa dame á que su faz convida.

Y yo entre tanto, desde polo á polo, repetiré, siguiendo el estribillo, que bando tan servil y rey tan bolo no merecen tener otro caudillo.

MANUEL DEL PALACIO.



Retrato de la libertad, segun los rojos de Paris.



Idem de idem, segun los rojos de la manigua.



Una sesion de la Liga de señoras en Paris.



Entrada triunfal de Doña Emilia y de su costilla, en la sesion de la Liga de señoras de New-York.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 4 DE MAYO.

El día primero de Mayo es tal vez el día más característico de las costumbres del pueblo americano.

Para nosotros los españoles, que solemos vivir lustros enteros, por no decir toda la vida, en una misma casa, es un espectáculo extraño y curioso al ver cambiar de domicilio en un día dado á todo un pueblo.

Lo que sucede aquí el día 1º de Mayo, puede compararse con ese juego de prendas que se llama *el correo*, en que todos los participantes cambian de asiento y todo es desorden, confusión y barullo.

Los alquileres de casa se hacen aquí generalmente por un año, de Mayo á Mayo, y así sucede que al llegar el primer día de este florido mes que nosotros consagramos á María, las dos terceras partes de la población neoyorquina tienen que hacer el petate, y llenando sendos carretones con el ajuar de la casa, trasladar á otra los dioses penates.

El espectáculo que presentan las calles en semejante día es por demás divertido y variado.

Grandes carromatos atestados de muebles cruzan en todas direcciones, mientras unos cargan los trastos de una casa que se desocupa y otros descargan los de los nuevos inquilinos que la van á ocupar.

Allí, esparcidos sobre la acera, como si fuera un zaguan de ropavejero, se ven camas, sillas, mesas, cómodas, armarios, colchones, que si hablasen habrían de ser más interesantes que una novela, utensilios de cocina, mundos viejos y nuevos que no descubrió Colon, cachivaches de todas clases; todo amontonado esperando ser colocado en los carros para ir á adornar otras habitaciones.

Lo que sufre ese día el mobiliario en manos de los carretoneros, que con el afán de acabar pronto, suelen tratarlos con muy poco miramiento, ha dado márgen á la formación de un corolario casero que dice: "tres mudadas equivalen á un incendio."

En Inglaterra hay en los pueblos del campo la bonita costumbre de coronar como Reina del Mayo á la niña más hermosa del contorno, cuyo asunto inspiró al poeta inglés Tennyson su preciosa balada *The May Queen*.

En América es diferente. La Reina absoluta del Mayo suele ser la fregona, cuya voluntad y cuyos caprichos tienen que acatar los amos, so pena de no poder hacer limpieza de la casa en que se acaban de instalar y que por espacio de dos semanas por lo ménos parece un verdadero campo de Agramante.

Y esa Reina tiene su consorte, que es tan despótico y antojadizo como ella.

Ese rey es el carretonero, que carga la mano que es un portento á los que tienen que caer bajo su látigo.

Veinticinco pesos por cada carretada no se considera un precio exorbitante en día primero de Mayo.

En la antigua Roma, las calendas de Julio era el día en que terminaban los arriendos y alquileres; pero no dicen los anales si había esa permutación de habitaciones que caracteriza las calendas de Mayo en la república modelo.

Y aunque la hubiese, yo me la explico en Roma, y en Nueva York no me la explico.

Allí las casas eran todas diferentes; pero en la ciudad imperial, metrópoli del nuevo mundo, ¿para qué cambiarán de casa estos *yankées*, si todas las casas son iguales?

Es que ni siquiera de calle se puede cambiar, pues todas son parecidas.

De modo que después del trágico que ocasiona el cambio de domicilio, después del estropicio que han sufrido los muebles y de los gastos que todo ello origina, resulta que el que se ha mudado está ni más ni ménos que estaba ántes de la mudada: con idénticas habitaciones, idéntica casa, igual vista detrás, igual calle delante, un vecindario parecido y las mismas incomodidades.

Una parte de la compañía de ópera que teniais en esa, ha cambiado también sus lares y penates, y se instaló el día primero de Mayo en la Academia de Música de esta ciudad.

El público de Nueva York estaba hambriento de ópera [hablo del público filarmónico, que aunque bastante reducido, no deja de ser público] y acudió al reclamo á grandes bandadas, que consiguieron llenar el coliseo de una sociedad muy escogida.

La ópera de estreno fué *Il Polinto*.

Villani y la Kellog representaban los mártires; pero el verdadero mártir fué Donizetti, inhumanamente asesinado por los demás actores, incluso los coristas de ambos sexos; aunque á decir verdad, creo que todos los coristas eran de un mismo sexo, el sexo *bruto*.

El barítono Reina hacía esfuerzos sobrehumanos para mantener su voz en equilibrio con la orquesta, pero su voz, que no es funámbula, siempre se iba de la cuerda.

Los únicos que cantaron fueron Villani y la Kellogg, y la pieza mejor que nos dieron el dúo del tercer acto. Es natura

estaban solos. ¡Cómo era posible cantar bien al lado de los otros *can-tores*!

No dejó de asistir al estreno la pollería del laborantismo.

Los que se titulan mártires cubanos fueron á ver "Los Mártires" cristianos, y á fé que debieron echar de ver la diferencia que había entre unos y otros.

Los *Polintos* laborantes iban de frac y guantes blancos, y dirigían sus anteojos hácia los palcos, sin duda en busca del enemigo.

Pero, señor, pensaba yo: ahí tiene usted un plantel de buenos mozos que estarían mejor en las tricherías [¿hay tricherías?] de la manigua, apuntando al que llaman su enemigo, que no en las *troneras* de un teatro echando la visual al bello sexo.

¡Que si quieres! Los laborantes son tan filarmónicos, que eso de pensar en batirse sin música los espeluzna.

Que den óperas en la manigua, y ya verá usted si van corriendo.

Lo que me gustaría saber es si esos aficionados á la ópera auxiliaron á *La Auxiliadora* ántes de gastarse un par de pesos en guantes y otro par de pesos en una butaca de primera clase.

Y si no lo hicieron, ¿cómo pudieron disfrutar de la función sin remordimiento de conciencia?

No me lo explico.

JOHN BOLL.

TIPOS DE MADRID.

LOS CESANTES.

Cruzaba yo, no há mucho tiempo, por las calles de la villa coronada, [salvo el paréntesis de la interinidad] cuando tropezé al acaso con un individuo ágil como una ardilla, de aspecto entre risueño y lloroso, como chico á quien enseñan desde léjos un juguete; cubría su cabeza un sombrero cuidadosamente aplanchado, pero cuyo lustre un si es ó no es blanquecino, descubría que la plancha fué manejada por la inexperta mano del propietario de la canoa; llevaba una levitilla ex-azul y unas botas que se *marchaban*, riéndose de unos pantalones que por mediación de sendas trabillas hacían esfuerzos vanos para tapar aquella *risa* ofensiva. Añadid á todo esto un incommensurable cuello de camisa, cuyas dos puntas pugnaban por tapar las orejas del *paciente*, y exclamareis, como yo exclamé al ver aquel tipo:

—*Ecce homo!* Hé aquí un cesante, aunque en *primer grado*.

Y en efecto; su *enfermedad* puede cortarse empleando una de esas medicinas de suficiente *influencia* para operar una reacción favorable. Su *dolencia* fué originada por una de esas violentas *ráfagas* conocidas con el nombre de *remocion*, que son tan peligrosas y que cruzan de vez en cuando las oficinas del Estado.

Si, lectores míos; víctima inocente de un arreglo [desarreglo para él] hecho en el ministerio á que pertenecía como oficial décimo de la clase de duodécimos, fué uno de los primeros inmolados en aras de la diosa *Economía*.

Pero no obstante, poderosos influjos median para que sea repuesto en su destino ú otro equivalente. Es nada ménos que sobrino carnal de un primo del cuñado de la nodriza del niño del primer oficial de su sección, y en el momento de verle iba á poner en juego el influjo de todas sus relaciones.

No quise detenerle en su paso, encaminado á escalar otra vez el *sancta sanctorum* del presupuesto nacional, y continué.

A los pocos pasos me encontré con D. Hermógenes Avefria. Al divisarle, no pude ménos de exclamar para mi sayo:

—Malorum! La facha actual de D. Hermógenes me indica que es también ex-partícipe de la mesa del presupuesto. Sombrero de copa, de color *indefinible* y dimensiones *indefinidas*: gaban saco de color *desvanecido* entre negro, azul y verde, con tapas de grasa y solapas de lo mismo; camisa.... *vocativo caret*; esto es, suprimida por artículo de lujo.

—¿Qué es esto, Sr. D. Hermógenes? Le dejaron á usted de pié?

—¡Ay, amigo mío! Harto feliz fuera yo si hubiera quedado á pié! Me han dejado colgado!

—Pero no abraja usted alguna esperanza?

—Sí, señor; la de que vuelvan los míos al poder. Entónces, y sólo entónces, habrá justicia y moralidad.

—[Ya lo creo, como que entónces chuparás].

—Entónces se tendrán presente los méritos y servicios!

—[Te veo, exclamé para mi capote].

Y continué mi camino, siguiendo el suyo aquel pobre diablo, cuya esperanza se fundaba en la venida de los suyos al poder, y que desamparado de todos, aguardaba aquel feliz momento con la resignación de un bendito.

Si hubiera visto su hoja clínica, desde luego habría hallado en ella las siguientes observaciones:

DIAGNÓSTICO: *cesantitis continúa*; segundo grado.—PRONÓSTICO: *hambritis crónica*.

Aun no había olvidado este segundo encuentro, cuando dí de manos á boca con el Sr. D. Homobono Agonías,

antiguo empleado en rentas estancadas, el cual á su vez se *esiancó* en un *cese*, especie de escollo que puso en el tranquilo lago de su empleo la mano de un ministro sin piedad,

Renuncio á describir su traje, porque es muy pesado describir las subdivisiones de que consta un mapa mundi, y esto parecía por sus innumerables manchas, zurcidos y lamparones el vestido del buen señor.

Sus miradas lanzaban esos destellos sombríos que anuncian el desaliento, ó mejor dicho, la resignación á *fortiori*: su voz cavernosa parecía salir del fondo de un sepulcro *vacío*: [léase: *estómago*, y entónces el símil será más propio]. Su andar era lento, triste, monótono é invariable, como del que mira con la mayor indiferencia cuanto pasa á su alrededor, y á nadie mejor que á este paciente infeliz pueden aplicarse aquellas célebres palabras: "*Mi reino no es de este mundo*."

Distrae su ánimo paseando bajo las verdes enramadas de Buen Retiro ó entre las acacias del paseo de los melancólicos.

Pero ordinariamente suele pasar el tiempo sentado en los bancos de la Plaza Mayor. Allí se le vé la mayor parte del día, inmutable como la estatua ecuestre de Felipe tercero, que se eleva en medio del ancho coso, y filosofando sobre las *necesidades económicas* de la vida.

Si se le pregunta en qué funda sus esperanzas, os responderá con voz lúgubre:

—¡Allá veremos!

Y tal vez la casualidad haga pasar en aquel momento un pobre de San Bernardino, que oyendo la pregunta y la respuesta, exclame oportunamente:

—Así decía yo *in illo tempore*.

Y yo ahora murmuro también:

DIAGNÓSTICO: *cesantitis crónica*: período *álguido*.—PRONÓSTICO: *desahuciado por completo*.

Observación:—causa de las enfermedades:—*La empleomanía*.

JUAN DIENTE.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

I.

Un escritor tan valiente como desgraciado, que peleó en la Habana con el arma noble de su pluma y murió en suelo extranjero al golpe airado de un arma alevosa, llamó á la ciudad de Puerto Príncipe *nido de víboras*; esta calificación tan terrible envolvía, ó un arranque injusto del despecho, ó un gran conocimiento de la localidad anatematizada. Desgraciadamente para la capital del Camagüey, muchos de sus hijos se encargaron de probar que en sus almas se encerraba el veneno de aquellos reptiles.

Aunque habito en Cienfuegos, conozco perfectamente el departamento Central; y si mis lectores me han honrado, siguiéndome en las diferentes relaciones que he tenido el gusto de ofrecerles, sabrán que en ese terreno, batiéndome como antiguo militar, recibí la herida que bien á pesar mío me obligó á retirarme del servicio, trocando la pluma por la espada. En los días que permanecí en Puerto Príncipe para atender á mi curación, tuve lugar de conocer el país y de estudiar el instinto de los pobladores de aquella parte de la Isla, la más intransigente, por lo mismo que la epidemia de la independencia hizo mayores estragos, invadiendo todas las clases sociales.

Cuando llegué á Puerto Príncipe, parecía un cementerio; el bloqueo había hecho estragos, y el hambre se pintaba en los semblantes de aquellos valientes, que habían sabido sostenerse sin recursos de ninguna clase contra los millares de insurrectos que sitiaban la ciudad por sus cuatro ángulos, habiendo cortado la única salida que la ponía en comunicación con el mar, que era el ferro-carril de Nuevitás. Un amigo mío, que había sufrido allí todos los horrores de la guerra, encerrado en una ratonera, pintaba con mucha gracia á Puerto-Príncipe como una botella, cuyo cuello era el camino de hierro, y añadía que los *mambises* le habían lacrado el tapon.

Es preciso haberse encontrado en el centro de esta pobre isla de Cuba para apreciar las consecuencias de la infanda rebelión que la destruye. Cuando el tiempo, ese frío juzgador de los hombres y de las cosas, llegue con su pluma descarnada á estudiar la época actual de Cuba, duro, muy duro, tendrá que ser en sus apreciaciones, porque no hay circunstancias que atenúen el delito de traición que se ha cometido.

El tiempo no encontrará disculpa para los ilusos que se lanzaron al campo, impulsados por un extravío de la razón; el tiempo los compadecerá, porque compasión merecen los enagenados que buscan la muerte á la sombra de una idea, aunque sea absurda; pero hay en esta página dos clases de entidades que sufrirán cruelmente el azote de la historia: los laborantes de fuera y los laborantes de dentro. Pelear de léjos, utilizando el dinero, la inteligencia y toda clase de medios indignos, es inglorioso; trabajar de zapa, teniendo dos carac-

téres que sostener, teniendo que representar dos papeles antipodas, es infuero; aquellos sacan de entre las áscuas la castañita con mano ajena; estos juegan con *dos barajas*.—Y hé aquí el tema de mi cuento.

Perrinet-Leclerc y el conde D. Julian son dos figuras repugnantes de la historia de Francia y España; son dos grandes laborantes, á los cuales, como dice un autor, por su infame traición, todo el mundo debe tirar una piedra.

El laborante de Cuba es un cobarde que merece mayor castigo que el guajiro arrastrado por la engañosa seducción, pues éste combate en la manigua sufriendo todas las contrariedades de la guerra. El insidioso grito de *¡laboremus!* que ha dado nombre á esa clase abyecta de la sociedad actual, ha hecho más daño á la causa de España que todas las celadas y trincheras de ese pueblo jóven que se ha lanzado á la pelea á impulsos de un falso entusiasmo. Hoy tocan las consecuencias de su error, y vuelven á sus casas los que no han pagado con la vida, llorando la salud y la riqueza que han perdido en una lucha estéril. Esa juventud malograda que combatió en los campos, ha cubierto de luto á la patria; esos hombres, que á la sombra de una nacionalidad fingida, escribieron en su escondida bandera la palabra *¡laboremus!* han llenado de vergüenza la historia de este pueblo, tan noble siempre, siempre tan leal.

II.

Los salones de la *Sociedad Filarmónica*, aquel centro de reunión de la brillante juventud camagüeyana, estaban destinados á hospital en la época en que llegué á Puerto Príncipe; en la sala del teatro me colocaron, entre un alferez que había perdido una pierna en una salida á buscar forraje y un capitán que había caído en Altagracia, atravesado por dos balas, al lado de mi digno compañero el teniente coronel Macías, que sucumbió delante de la fatal trinchera levantada en el camino de hierro. El estado del capitán era tan grave, que por momentos esperábamos verlo sacar de la cama para ir al lugar del descanso eterno á reunirse con tantos valientes como habían mordido el polvo, víctimas de su arrojo. El alferez Félix Pacheco había sufrido la amputación de la pierna derecha, fumando un veguero y sin que el dolor de la operación le arrancara un quejido; era uno de esos héroes sin fortuna que mueren ignorados y no pasan á la historia porque no tienen á su disposición las trompetas de la fama para pregonar sus hechos. Pacheco era decididor, como buen andaluz; libre ya del peligro que le amenazaba y de la pierna que le producía estorbo por su inutilidad, había entrado en el período de convalecencia, y era un excelente compañero de cuarto, pues me hacía más llevadera la angustia de mi triste situación.

El recuerdo de Carolina y de mis hijos me atormentaba, pues con la incomunicación no sabía de ellos, ni había podido participarles mi verdadero estado, y á cada momento pasaba por mi cabeza la idea de que como las noticias á larga distancia llegan siempre desfiguradas, acaso mi familia me lloraría por muerto; el insomnio, producido por la excitación del sistema nervioso en aquella lucha de la imaginación, y aumentado por la debilidad á causa de la pérdida de la sangre de mi herida, me agitaba, y sin el alferez Pacheco, creo que hubiera perdido el juicio. Una mañana, muy de madrugada, mientras él dormía con una tranquilidad envidiable é impropia en un jóven mutilado en sus floridos años, recorría yo con los ojos muy abiertos la sala del hospital á donde me había llevado mi mala suerte, y los clavaba en los abandonados bastidores y bambalinas del antiguo teatro, deteniéndome á pensar en las peripecias de la vida, que hacen de un hombre oscuro una celebridad, del guajiro un guerrero y de un teatro un hospital. Parecíame ver que en el escenario se movían las figuras, dando sér á las creaciones de nuestros poetas, y que luego las distinguía á lo lejos entre los árboles y las matas, cambiando el ferriero y el estoque de las comedias de capa y espada por la camisa de Rusia y el machete que llevan los actores en ese drama sin nombre que tan al natural se representa hoy en los campos de Cuba, teniendo por bastidores la manigua, por tablado el fango, y por bambalinas el cielo con toda su desnudez. Lo único que no veía era el telón, porque esos farsantes de la independencia cubana no lo necesitan, puesto que por su manera de representar se han hecho *invivibles*.

Una sonrisa irónica se dibujaba en mis labios, cuando el alferez Pacheco se desperezó, y estirando la única pierna que le quedaba, fijó en mí sus hermosos ojos, diciendo:

—¡Hola, compañero de fatigas, puesto que los mambises no quieren que lo seamos también de glorias! ¿Qué tal se ha dormido?

—Muy mal.

—¿Persiste usted en la manía de reñir con el sueño? ¡Mal hecho! El sueño es aquí el único goce verdadero que nos ofrece la época que atravesamos; y me parece una tontería abandonarse á la imaginación y al tormento de los recuerdos. Hay que tomar la vida como viene.

—¿No tiene usted familia? ¿no tiene usted amigos? ¿no tiene usted siquiera una mujer que le robe el sueño?

—Tengo de todo, amigo mío; pero primero soy yo: lo único que no tengo, añadió, riéndose, es aquella pierna derecha que tanta falta ha de hacerme cuando vuelva al mundo de que quisieron sacarme esos pícaros mambises, enviándome el pasaporte por la boca de un Remington; cojo y todo aun, he dar que decir en la tierra.

—Envidia á usted ese carácter y esa tranquilidad.

—A los veinte años no debe el hombre lamentar ninguna contrariedad. A los veinte años sobra con una pierna para correr el mundo en una hora y resolver toda clase de problemas.

—¡Dichoso usted, que no tiene recuerdos!

—¡Recuerdos! exclamó Pacheco incorporándose con trabajo en la cama. ¡Si usted supiera que aquí mismo, donde tanto sufro en este durísimo catre, he sido muy feliz!

—¿Aquí mismo?

—Sí. Cuando estalló la insurrección en Yara, me hallaba con mi regimiento en esta ciudad, donde había pasado un año en una calma venturosa, disfrutando de la vida animada y alegre que entonces ofrecía el Camagüey; no necesitaré esforzarme mucho para hacer á usted conocer que con mi poca edad y mi carácter abierto, me captaría grandes simpatías, y que habré sacado partido de aquellas dotes, tan recomendables para hacerse lugar en una sociedad que parecía tan franca, tan hospitalaria. En este mismo sitio, como dije á usted antes, me consideré muy feliz una noche, en una de aquellas magníficas funciones de la *Sociedad Filarmónica*, que tenía aquí su asiento. ¡Qué diferencia de situación! ¿Y creía usted que no evocaba recuerdos?

—Cabalmente; pensaba en esa transición mientras usted dormía; aquí, donde tantos aplausos se habrán tributado al talento; aquí, donde tantos ecos dulces habrán conmovido estas paredes; aquí donde tantas escenas de amor habrán hecho palpar los corazones de la juventud; aquí han venido á trocarse los triunfos en amarguras, las risas en lágrimas, los suspiros de amor en dolores profundos.

—Mucho he sufrido, amigo D. Juan, me dijo el alferez ahogando un suspiro. ¿Quién había de decirme que en vez de aquella pléyade de mujeres deslumbradoras que llenaban este local, de aquellos artistas entusiastas que me conmovían, de aquella juventud elegante que se agitaba al son de la orquesta, había de encontrar la cara avellanada del practicante, y lo que es peor, la ruda fisonomía de nuestro físico, que con la misma impavidez corta en la cama la pierna de un cristiano que una pata de carnero en una mesa de la fonda del *Louvre*? ¡El cambio de escena en este teatro no es muy agradable!

—Nó, por cierto.

—¡Qué mujeres! Aun las veo moverse en el salón, á pesar de la triste realidad que me ofrece esta hilera regimentada de catres, donde oigo que se confunde el estertor de un muerto con el quejido de los que padecen. ¡Qué cambio. ¡La vida es un kaleidoscopio! ¡Aplaudía ayer aquí á la interesante Isabel Guzmán, á las bellas hermanas Simoni, á la verdadera artista Sofía Adán, y á tantas de esas mujeres supremas que dieron al Camagüey el nombre legítimo de la Circasia de Cuba! ¡Hoy andan por el mundo de la manigua, que es mundo muy resbaladizo, corriendo aventuras, entre mil peligros! Pero son más felices que yo, porque á lo ménos pueden correr. ¡Qué recuerdos!....

—No se conoce que sufra usted mucho.

—Tengo la filosofía del sufrimiento, ¡Ah! cuando me acuerdo de Adelina, todavía siento ciertas cosquillas en el corazón, cosquillas que otro hombre más débil traduciría por el impulso de un amor secreto!

—¡Bravo! exclamé. ¿Hay una Adelina en esos recuerdos? Historia tenemos, y puesto que estamos condenados á permanecer quietos en este tormento que llaman catre, cuénteme usted esa página de su vida.

—Poco tiene que contar.

—Sin embargo, para mí será interesante.

El alferez Pacheco se volvió del lado izquierdo, y tomando el tono grave de los narradores, me refirió lo que, sin quitar punto ni coma, voy á transmitir al lector.

(Continuad.)

JUAN-SIN-TIERRA.

SARTENAZOS.

Hemos tenido el placer de recibir la visita del ilustre tenor Enrique Tamberlick, cuyo nombre llena desde hace mucho tiempo los modernos anales del teatro lírico italiano, siempre rodeado de grandes y merecidos aplausos.

Tamberlick ha salido ya para Méjico, á donde le acompañan nuestro deseo de que allí recoja los mismos laureles que ha cosechado en Europa y la esperanza de que á su regreso nos dé ocasión de oírle y aplaudirle en el gran teatro de Tacón.

Al buey por el asta, al hombre por la palabra y al laborante por la *siervigüensería*.

JUAN PALOMO ofreció publicar el nuevo cuento de manigua que su constante colaborador de Cienfuegos *Juan-Sin-Tierra* escribe para este periódico, cuando terminase la de los artículos del señor Sepúlveda *Las Solteronas*, y ahí van sus dos primeros capítulos.

Yo no les diré á ustedes que la nueva novela de nuestro distinguido colaborador cienfueguero es interesantísima, está galanamente escrita y pinta con pluma magistral algunos tipos de esos que más odiosos se han hecho en la presente campaña: si han leído ustedes los anteriores cuentos, esa recomendación les parecerá excusada, y si no los han leído basta con que echen la vista por el nuevo que hoy empezamos á publicar con el título de *Las dos barajas*.

Yo la ví y aún se me está haciendo *tiritas* el corazón. Hablo del retrato de doña Emilia Casanova, que acaba de publicar un periódico de Nueva York.

Oye lector amigo, oye y chúpate el dedo pulgar: Boca pequeña, ojos *gachones*, haciendo así como quien mira al plato para zamparse la tajada; garganta.... ¡huy! huy! ¡huy! me hago tiestos!—pelo que parece una bendición de Dios ó un despilfarro del peluquero; y en el conjunto un aquel de *patente*.

Me parece que hasta la misma interesada se habrá quedado sorprendida al ver el retrato.

Y no digo nada, el retrato al encontrarse cara á cara con el original! Se habrán reconocido?

Cuentan que un laborante le dijo á Villaverde:

—Chico, he visto el retrato de tu mujer y está muy bien; se la conoce enseguida.

—Ay! para conocer á mi mujer es preciso retratarla por dentro!

Los cesantes, tipos de Madrid, que publicamos hoy, es el primer artículo con que nos favorece un apreciable colaborador que entre otras circunstancias reúne la de ser un jóven militar, que ha tomado parte activa en la actual campaña como voluntario de Madrid.

¡Qué tiempos tan magníficos alcanzamos! Gracias á los adelantos del siglo, ha podido comunicarse desde Jamaica, por telégrafo y con toda urgencia, la noticia de que han muerto de sofocación 31 reses gordas.

Por supuesto, los periódicos todos se han apresurado á publicar tan importante noticia, como era de su deber.

No me explico eso de que las generaciones anteriores á la nuestra pudiesen acostarse á dormir tranquilas sin enterarse instantáneamente de que 31 reses gordas morían sofocadas en Jamaica.

¡31 reses! Hasta el número es conmovedor. ¡Treinta y una! Hombre, no habría medio de darle una cruz ó dos al corresponsal, por su actividad y celo?

En la galería de los Sres. Varela, Suarez y C^a, hemos visto unos retratos, que sus inventores titulan *calco-fotografía*, que son de lo más original que se conoce.

Figúrense ustedes que sin necesidad de morirse, sin que la inmortalidad se encargue de hacer su estatua puede uno verse reproducido en la forma de busto.

Y de allí á la gloria, no hay más que un paso.

En la isla Dominica se vá propagando una epidemia que ataca al dedo gordo del pié.

¡Cáscaras!

Como preservativo, hace dos días que duermo con botas.

También es bueno aplicar la parte amenazada á la retaguardia del primer adorador del niño Carlos Manuel, que encuentre uno al paso.

¡Qué le parece á usted! No puede uno fiarse ni de la camisa que lleva puesta.

Hay en el distrito de Remedios un insurrecto que se llama Huesterman, y que según él dice, es coronel.

Pues tan apreciable sujeto ha publicado un escrito en el *Tribune* de Nueva York, diciendo que es sobrino del general Moltke.

¡Quién había de decir que un general que gana tantas batallas tuviese un sobrino tan perdido!

Un redactor de un periódico insurrecto empieza cierto artículo diciendo:

A mediados de 1870 vivía yo en París en la avenida de la Emperatriz número 23."

¡Qué noticia, Leonor!

Y nos la dá así de ese modo, sin prepararnos antes!

Por qué no empezará sus escritos Céspedes así, dando las señas de su domicilio?

No lo digo por nada, como ustedes comprenderán....

Caminamos de admiración en admiración.

¡Jesus, qué cosas se descubren!

Un caballero particular que se llama Mr. Duhamel, que tiene el empleo de sábio y además inspector de la marina francesa, ocupándose de la naturaleza física del hombre, sienta la opinión de que procede de un pez.

¡Anda, salero! Si habrá sido calamar doña Emilia Casanova!

Según la teoría de ese individuo, el hombre es una especie de arenque algo desfigurado.

La proposición parece algo atrevida; pero sepan ustedes que el naturalista Zimmerman (ignoro cómo se pronuncia), un sábio, más que un sábio, un alemán, al hablar de ella, pregunta con la mayor frescura:

—¿Y por qué no ha de ser así?

Tiene razón.

Hombres conozco yo que deben haber sido todo lo más sardinas, haciéndoles mucho favor.

Duhamel supone que los brazos son *nuestras agallas* y que nuestras piernas son la cola del pez, bastante *rectificada*.

En apoyo de esta opinión, me encuentro con dos refranes españoles, á los que, por lo visto, no se ha dado toda la importancia que tienen.

Uno de ellos es aquel: *¡Ese hombre no es rana!* como queriendo dar á entender que los demás lo son. Y el otro es el tan conocido de *¡Vaya un pez!* que expresa en favor del prójimo aludido una gran superioridad sobre los demás hombres y peces conocidos. ¡Como que lo acerca á su primitivo origen!

Yo puedo ahora decir á boca llena que estoy *escamado* y me doy tono. Claro está!

¡Qué remonono!

Lo es, en efecto, un periodiquito mambí, *ilustrado*, vamos á decir, que se publica ahora en Nueva York.

Ya tienen ustedes noticias de él: *La América* se llama, y debe ser muy bueno, porque no se entiende.

Entre las muchas cosas sublimes que contiene, descuella un parrafito que quiero regalar de *contra* á los lectores de JUAN PALOMO.

Punto en boca, y allá vá:

“Obligales á abdicar en su favor la corona de España, y la obsequia á su hermano José Bonaparte, quien entra á Madrid con un ejército francés.”

¡Huy! ¡huy! ¡huy!

Le voy á obsequiar al periodista con una cabezada para que luego entre á su casa.

Ni Dios hace entrar á *el cuerpo* de este hombre el sentido común!

Los espíritus fuertes, según dicen los *neos*, deben ambicionar la consolidación de un rey absoluto.

Para espíritus fuertes, el aguarrás.

En una casa de huéspedes, y hallándose enfermo uno de estos, le dió la criada que le servía de enfermera, en vez de la medicina, una cucharada de tinta.

Al llegar el médico le dicen la equivocación, y el buen doctor exclama:

—Nada; no importa; eso no es nada. Dénle ustedes en seguida otra cucharada de papel secante, y la cosa no tendrá consecuencia.

Invitamos á aquellos de nuestros lectores que se interesen por las Bellas Artes, á que den una vuelta por el almacén de cuadros del Sr. Masson, calle del Obispo, entre Aguacate y Villegas. Allí encontrarán un cuadro del Sr. D. Ramon Bear, que puede llamarse á boca llena una obra maestra en su género. El cuadro representa un grupo de pescados, palomas y frutas, copiadas del natural con una exactitud tal y un colorido tan perfecto, que el ménos inteligente en materia de arte no puede ménos de rendir al conemplarlo un tributo de admiración y aplauso al estudioso cuanto modesto artista señor Bear, que en esta clase de cuadros se ha puesto á la altura de los buenos pintores de *naturaleza muerta*.

Si JUAN PALOMO tuviera mucho dinero, el Sr. Bear tendría con él ocupación constante, pero careciendo de ese requisito, sólo puede aplaudir á dos manos y aconsejar á los que posean monises y gusto, que encarguen al Sr. Bear cuadros del género citado, seguros de que el dinero que en esto se emplee es un capital que se coloca á muy alto interés.

Publica *La América* tres láminas que representan escenas de la manigua.

Los insurrectos están allí que parecen materialmente unos caballeros.

Le digo á usted que dá gusto verlos, tan compuestos y emperejilados.

Pero ¡aquí viene lo gordo! en un artículo explicativo dice

que los mambises están *descalzos la mayor parte, sin vestidos con que cubrirse y sin casas donde alojarse*.

Diga usted, compadre, ¿fué el león el pintor?

Lean ustedes con detención las siguientes *profeías* que un cura de misa y olla de uno de los pueblos más importantes de la huerta de Valencia, se entretiene en leer á los labradores.

“D. Carlos será rey de España, y luego de Francia, y luego de Italia y Alemania. Antes de llegar á tanto, S. M. tendrá que sostener muchísimas batallas en que hará gran papel su esforzado brazo. Por ejemplo: en Roma atravesará con su propia espada al enemigo del Papa, y luego se postrará rendido para recibir en su cabeza la corona imperial, que indubablemente le concederá Su Santidad, espantado de tan terrible valor.”

¡Ole!

CANTARES.

La Amistad llevó á tu casa al niño Amor de visita, al rapazuelo creyendo incapaz de alevosía. Pero el Amor al mirarte, de la amistad tuvo envidia, y la arrojó de tu pecho para ocuparlo egoísta.

Un día de fortuna muchos esperan, y las suyas consumen, y aquel no llega.

R. DE MEDINA.

GRANDES RECURSOS.

Atención:

Remedios contra los ahogados.

Tomarás una cebolla picante.

Se la restregarás por las narices al ahogado hasta que consigas hacerle llorar.

Hecho esto, la resurrección es inmediata.

Sabido es que el que llora se *desahoga*.

Para domar un tigre, le atais la cola á un árbol, y ya sujeto, le haceis creer que las manchas de su piel son manchas de viruelas. Esto le hace caer en un marasmo, del cual os aprovecháis.

Para domar un elefante, le haceis creer que tiene dolor de muelas. El suplica entónces que se las saquen, y dicho y hecho.

Para domar un cocodrilo, le convidáis á comer en fondas de medio pelo, hasta que sus dientes queden en los *beefsteaks* del establecimiento. Entónces no corre ningún peligro.

Para evitar que un caballo lo tire á uno, no hay más que comérselo ántes de montarlo.

Para hacer que don Cirilo Villaverde se ponga lívido, tiembale de piés á cabeza y eche espumarajos por la boca, hablarle de su mujer.

Para domar una suegra, os tiráis al río ántes.

La promesa hecha por el célebre Tamberlick de que vendrá á cantar en la Habana el invierno próximo, tiene llenos de entusiasmo á los *diletanti*.

Y con razón.

Tamberlick es un tenor admirable, una notabilidad artística; pero francamente, creo que esto no sea bastante para que el calor no nos moleste este verano, como asegura con toda formalidad, y tal vez con datos que yo no conozco, el gacetero del *Diario de la Marina*.

Afirma *La América* que los insurrectos han recurrido muchas veces al uso de las armas primitivas del hombre.

Y cuenta con mucha formalidad entre esas armas *primitivas* tubos de cañerías dispuestos en forma de escopeta.

Aquí te quiero, escopeta!

Los razonamientos de la *América* si que son de lo más *primitivos* que se conoce.

De la torre de Babel, me parece.

Método para penetrar en cualquier teatro, con un sólo billete, cinco ó seis personas:

Se reúnen las cinco ó seis, y el poseedor del billete se coloca al lado del portero, y vá contándolas según pasan. Cuando la última ha desaparecido, entrega el billete.

—¿Y los billetes de esos caballeros? pregunta el portero.

—¡Yo qué sé!

—¿Pero no venían con usted?

—Nó, señor.

—Pues por qué los contaba usted?

—Por gusto.

Y volviendo la espalda se escurre bonitamente.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

16

LIBROS MODERNOS

RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

Historia general de España, por D. Modesto Lafuente, [Fray Gerundio], segunda edición, notablemente corregida y aumentada por el autor.—Cuanto elogios se hagan de esta importante obra, que ha colocado á su autor á la altura de los más afamados autores y que le abrió las puertas de la Real Academia Española y la de la Historia y de otras corporaciones científicas y literarias extranjeras, son pocas atenciones á su mérito. La edición de lujo, que consta de 30 tomos en 4º, perfectamente impresos, se vende el ejemplar á **Rs. 408**. Se ha publicado una edición económica, de idéntico tamaño, que se compone de 15 tomos y se vende á **Rs. 240**.

Biografía del Contra-Almirante D. José Malcampo, *marqués de San Rafael*.—Interesantísima es la vida militar de D. José Malcampo, sobre todo en cuanto se refiere á su campaña en Filipinas, pues más se asemeja á una novela llena de interés dramático, que á una relación histórica de los heroicos episodios que allí tuvieron lugar luchando contra los piratas de aquel archipiélago.

Un cuaderno en 4º menor, elegante impresión.... **Rs. 4**
Rumores del Hórni, poesías de Juan Nápoles Fajardo.—Última edición corregida y aumentada. Consta de un tomo de más de 300 páginas en 4º menor y buena impresión, encuadernado á la rústica..... **Rs. 10**

Impresiones del viaje de circunnavegación en la fragata blindada Numancia, por D. Eduardo Iriando.—En este libro ha consignado su autor, capitán de ingenieros navales á bordo de la *Numancia*, la relación histórica descriptiva de la campaña de dicha fragata al rededor del mundo; y muy particularmente en cuanto se refiere á la gloriosa guerra naval del Pacífico.

Consta la obra de un volumen en 4º menor, de 355 páginas, elegantemente impreso..... **Rs. 17**

Compendio de paleografía española, ó escuela de leer todas las letras que se han usado en España desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVIII; ilustrada con 32 láminas en folio, ordenadas en cuatro cuadros murales, escritas y autografiadas por el mismo autor.—Obra utilísima á cuantos se dediquen á las carreras del Profesorado, de la Diplomacia ó del Notariado, indispensable á los Jueces, Escribanos, Revisores de letras, Abogados, Archiveros, Anticuarios, etcétera., escrita expresamente con arreglo al programa aprobado para el curso especial de esta asignatura en la escuela normal central, y para que sirva de texto en todas las escuelas de la Península y dominios españoles, por D. Antonio Alverá Delgrás.

Un volumen de 40 páginas, con 32 láminas..... **Rs. 24**
Sistema de las monedas, pesas y medidas de las ciudades más comerciales del mundo, por Luis T. Simpson.—Esta obra es de suma importancia para el comercio de esta Isla, pues en ella se encuentran las noticias más necesarias para todas las operaciones mercantiles.

Un volumen en 4º, de 76 páginas..... **Rs. 6**
La Fontana de oro, novela histórica por D. Benito Pérez Galdós, director del *Debate*.—La acción tiene lugar en la agitada época de los años 1820 á 23, y están pintados de mano maestra los caracteres que en la misma se desarrollan. Ofrece mucho interés, gran amenidad y no contiene nada contra las buenas costumbres. Es muy elogiada por toda la prensa de la Península.

Un elegante tomo en 4º menor, de 410 páginas... **Rs. 10**
De doce á una.—Novelas, tipos, costumbres, etc., por Ricardo Sepúlveda, con un prólogo de D. Carlos Frontaura.—Es uno de los libros de la época presente que más han llamado la atención por su amenidad y chispeante gracia, ligero y elegante estilo, que es una de las buenas cualidades de este humorístico autor.

Un volumen en 8º, de más de 300 páginas, edición elegante..... **Rs. 6**

El Drama Universal, poema en 8 jornadas, por D. Ramon de Campoamor. No harémos una relación del asunto de esta última producción del célebre autor de las *Doloras*, por no quitarle al lector el placer de la sorpresa.

Sólo diremos que algunos caracteres de los cinco personajes principales del poema parecerán á nuestros lectores nuevos y perfectos, en particular *Jesus el Mago*, el jóven de que habla San Marcos en su Evangelio, y que es el representante más genuino de la doctrina que oyó él mismo de los labios del Divino Maestro; *Soledad*, tipo de la mujer ideal, que para expresar sus sentimientos halla insuficiente y grosero el medio de la palabra humana; y *Honorio*, que, arrastrado por un amor puramente sensual, á fuerza de fé y de constancia, se convierte en el modelo más acabado de un amor que participa más de lo ideal que de lo terrestre.

Un volumen en 4º, de 400 páginas, edición de gran lujo, impresa por Rivadeneyra en papel corona..... **Rs. 34**

Geografía para los niños, por el doctor D. A. F. Vallín y Bustillo, catedrático de matemáticas del instituto del noviciado, agregado á la Universidad Central.

Son tantas y tan variadas las noticias y cuestiones prácticas que abraza esta obra, que por ella no sólo se hace agradable á los niños el estudio de la Geografía, sino que se les instruye á la par en otros ramos tan importantes como la historia, la mitología, la cronología, la estadística, la agricultura, la industria y el comercio.

Un volumen en 8º, de 145 páginas, con el plano de España y Portugal..... **Rs. 4**

ADVERTENCIAS.

Todas estas obras se hallan encuadernadas á la rústica, cuando no se expresa que están empastadas. Los precios son iguales para todos los puntos de la Isla, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remisión al interior. Los pedidos, que deben venir acompañados de su importe en soles, billetes de banco ó letra sobre la Habana, se dirigirán bajo cubierta certificada á *La Propaganda Literaria*, calle de O'Reilly, 54.—HABANA.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria,"
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.